



Con Ibrahim. Núria Carrera lleva escrito su nombre en el traje para que la reconozcan

X. ALDEKOA

se" en lengua krio), pero es imposible avanzar sin rozarse con alguien. El virus se contagia al entrar en contacto con los fluidos de un enfermo (saliva, vómitos, sudor, heces, semen o sangre) o de un cadáver, momento especialmente delicado, porque los muertos son auténticas bombas virales, así que desde hace meses el gobierno aplica la política de "prohibido tocarse" y pena con cárcel los entierros inseguros. No se sabe si la medida surte efecto: Sierra Leona es el único país afectado que no tiene datos de cuántos entierros no controlados se realizan. En Mabella, como en el resto del país, oficialmente todo el mundo debe saludarse levantando el brazo y se han acabado los apretones de mano, pero un paseo por sus calles permite ver a hombres que caminan cogidos -símbolo de amistad en el país- o como los niños piden que les choques los cinco y no entienden porque el blanco se detiene a dos centímetros de su palma una y otra vez.

En un canal que desemboca en un río fecal, se acumula una muchedumbre. Algunos sacan fotos con sus móviles. En mitad de las aguas negras, donde unos cerdos rebuscan entre la basura con el morro hundido en el barro, hay



un cadáver humano semidescompuesto. Nadie sabe bien si ha muerto de ébola y algunos vecinos intuyen que alguien debió enterrarlo río arriba y la corriente lo ha arrastrado hasta allí. Un chico tira piedras a un cerdo que se acerca a olisquear la columna vertebral que sobresale del agua, en forma de arco. "Hemos llamado esta mañana para que lo vinieran a buscar, pero llevamos todo el día esperando y nadie ha venido. No vendrán", escupe. Al poco rato, una ambulancia llega para trasladar a un vecino que guarda

ba cuarentena en su chabola y luego se va. Más allá de la lenta reacción internacional, en la raíz del descontrol sierraleonés están la pobreza, la mala gobernanza y la enorme densidad de la capital. La guerra civil que machacó al país de 1991 al 2002, empujó a miles de personas de las zonas mineras en el este del país a buscar refugio en la capital, que creció de manera antinatural. Cuando se dejaron de afilar los machetes, la falta de oportunidades en el resto del país provocó una nueva ola de desheredados hacia una capital pobre y sin infraestructuras sanitarias ni hospitales. La desconfianza en un gobierno que durante la guerra fue tan verdugo como los rebeldes, así que las brasas del descontrol porque casi nadie escuchó los avisos oficiales.

Ese miedo que genera el caos; o quizás el caos que genera el miedo, hizo que Ibrahim, con apenas un año y medio de edad, llegara solo al centro de tratamiento de Kissy. Su abuela, con quien Ibrahim se había ido a vivir unos días porque su madre quería que dejara de mamar, contrajo ébola y la trasladaron a un hospital. Al poco, Ibrahim desarrolló los síntomas y, como nadie fue capaz de localizar dónde demonios habían llevado a la abuela, el niño llegó

sólo al centro de MSF.

Es difícil imaginar la angustia de Mohamed y Kadiatu. Ella más joven y risueña, él con el gesto sufridor, los padres de Ibrahim han ido cada día a ver a su pequeño mientras se recuperaba. A cualquier hora del día se colocaban en un lateral de la carpa y trata-

AMBIENTE EN MABELLA TOWN

En mitad de las aguas negras, hay un cadáver en avanzado estado de descomposición

LOS ENFERMOS

Samura, un niño enfermo, llora en silencio al ver salir a su amigo del centro

ban de sacarle un gesto o una sonrisa a su hijo, que no les reconocía. Esas visitas fueron lo que les permitió resistir en los peores momentos, explica ella. También el saber que había un ángel de la guarda ahí dentro.

Yaelie, una mujer embarazada de ocho meses, se convirtió en la madre adoptiva de Ibrahim. Ella

es otro milagro porque, aunque perdió a su bebé hace días, ha superado el ébola y las hemorragias y está a punto de convertirse en otra victoria de la oenegé. Yaelie incluso defendió a Ibrahim cuando una mujer enferma enloqueció al perder a su bebé y se abalanzó sobre el pequeño gritándole que era su hijo. Kadiatu sabe que está en deuda con esa mujer. "Ella fue nuestra fuerza y ayudó enormemente a que mi hijo se mantuviera con vida. Siempre la recordaremos en nuestras plegarias".

En el momento que dieron el alta a Ibrahim, una veintena de personas se congregó en la puerta de salida del centro. El padre de Ibrahim lloró como pocas veces se ve llorar a un hombre africano y dio las gracias mil veces. No fueron las únicas lágrimas. En medio de tanta alegría, Samura, un niño de 10 años enfermo de ébola, lloraba en silencio y miraba la escena desde dentro la zona de contagiados. Núria se acercó para consolarle como pudo y sin saber qué decir: "Francamente, -diría después- no sé si lloraba de alegría por Ibrahim, de tristeza porque se iba y dejaba un vacío en el centro o porque se preguntaba cómo acabaría él, también solo en el centro".●